

Mediodía en el Tiempo

Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

En cubierta: John Singer Sargent,

Dos mujeres dormidas en una barca bajo los sauces (1887)

© Painters / Alamy Stock Photo

© José María Guelbenzu, 2023

Por acuerdo con Casanovas & Lynch Literary Agency, S. L.

© Ediciones Siruela, S. A., 2023

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid. Tel.: + 34 91 355 57 20

www.siruela.com

ISBN: 978-84-19744-48-7

Depósito legal: M-18.003-2023

Impreso en Cofás

Printed and made in Spain

Papel 100% procedente de bosques gestionados
de acuerdo con criterios de sostenibilidad

José María Guelbenzu

MEDIODÍA EN EL TIEMPO

 Siruela

Nuevos Tiempos

*Para Mercedes Casanovas,
a quien he confiado todos mis libros*

«Ahí estaba el gato, dormido. Y pensó, mientras alisaba el negro pelaje, que aquel contacto era ilusorio, que estaban como separados por un cristal porque el hombre vive en el tiempo, en la sucesión, y el mágico animal en la actualidad, en la eternidad del instante».

JORGE LUIS BORGES

ANTECEDENTES

Alberto Remolín recordaba con tanto detalle como desasosiego el día de su nacimiento. Aunque recordaba de atrás adelante la estancia en el vientre de su madre, fue en los últimos meses, ya prácticamente formado, cuando se hizo cabalmente con el habitáculo al hallarse con la gratificante sensación de estar flotando en el líquido amniótico, que la disfrutó como si estuviera en una dulce corriente de serenidad. Este hecho extraordinario lo atribuyó a lo placentero de su concepción, la cual sucedió en una modesta habitación de una no menos modesta pensión de la ciudad de Donostia —también llamada San Sebastián— que sus padres habrían alquilado, en la primera etapa de su brevísima luna de miel, costeada gracias a un estraperlista que le utilizaba y aprovechaba para recoger contrabando venido a través de los Pirineos occidentales y entregarlo en Madrid. Este taimado vencedor de la guerra civil española le consiguió un pase de veinticuatro horas, ampliable a cuarenta y ocho, para pasar a Francia. Una vez cruzada la frontera, la pareja tomó el camino a Saint Jean Pied-de-Port, localidad en la que un tratante de ganado que se las daba de cosmopolita y tenía por costumbre acudir puntualmente cada año a comerse una trucha sacada del río que discurría felizmente por en medio del pueblo, le aconsejó celebrar el reciente enlace. Wilfrido, el padre del nonato, tenía que hacer sus deberes por la zona y el tratante le prestó unos francos para que pudiese cumplir como un hombre enamorado convidando a la feliz esposa, tras la debida consumación matrimonial, a degustar junto con su flamante marido, aún inconsciente de haber depositado en ella

con éxito la semilla nupcial, la famosa trucha. La conciencia de la inmerecida dureza con que la vida trataba a los humanos, en especial a los humanos supervivientes de la guerra civil española, hizo el resto para potenciar al máximo el goce del admirable manjar. Nueve meses después de este acontecimiento gastronómico comenzó para el nonato, desde el mismo instante de la aparición de las primeras contracciones musculares que le anunciaban el milagro de la vida por venir, el desahucio inexorable de aquel espacio de amenidad y confort. Amenidad porque, a buen resguardo en ese grato interior, podía sentir y escuchar la triste marcha del mundo exterior sin impregnarse de ella ni sufrirla; y confort porque no era capaz de imaginar lugar más agradecido que aquel en que se hallaba flotando tan feliz en su vida líquida. Y no lo había, en efecto, como llegó a descubrir posteriormente que no lo hubo semejante en el curso de su vida.

Por eso, cuando comprendió que, muy a su pesar, no tenía más remedio que esforzarse en salir al exterior, donde le aguardaba la comadrona y a donde le expulsaba su madre mientras su padre fumaba en una sala contigua al dormitorio del matrimonio, sintió su primer impulso de protesta. Debía de hacer por salir a través del mismo conducto por el que le había introducido su padre siendo sólo un tierno y desvalido espermatozoide blanquecino; un padre que, en un espasmo de placer, lo había puesto a competir con otros varios millones de colegas y que con ello le había mostrado ya desde el primer instante y con estremecida sinceridad la dura competencia que le esperaba fuera del útero materno.

Fiado el infeliz en el inexorable llamado del nacimiento, no dudó en internarse por el estrecho conducto y atravesarlo ayudado por su propia madre, con la satisfacción de pensar, pese al doloroso esfuerzo personal del momento, que la penetración de su padre en la noche de bodas donde se cumplió el acto era la gloria en comparación con su trayecto de salida por el mismo conducto, lo que le otorgaba la primera

luz del mundo de su progenitor y la primera afirmación de sus derechos frente a él también, pues a su propio dolor se unía el de su madre en una alianza aún más fuerte que la del matrimonio. Mas ahí, en el dolor de la madre, pudo haber tenido un primer atisbo, quizás el único, de una pena tardía que no logró abatir en vida: la mala conciencia por el dolor infligido; así pareció entenderlo el padre, Wilfrido Remolín, cuando años más tarde, llegado el chico a la edad de la razón, se la inoculara al recriminarle por un desacuerdo cualquiera el brutal esfuerzo al que la criatura sometió a su madre, debido a su volumen. Y tampoco a la madre dejó de hacerle el mismo reproche argumentando que la comodidad y satisfacción con que la criatura se instaló, flotó y creció golosamente en su vientre fue la verdadera responsable del mote cariñoso con que se la conocía desde entonces: la gorda Remolín. El niño asomó a este mundo medio asfixiado y lanzó un berrido, de liberación y protesta a la vez, que sobresaltó a la comadrona, la cual estuvo a punto de dejarlo caer; pero el recién nacido, intimidado, se dejó limpiar y envolver en un cálido ropaje que, este sí, le recordó en algo el lugar donde había habitado hasta ese momento y por unos segundos lo relajó para alivio de todos los presentes, incluido el padre, que había acudido a los gritos de su esposa con ojos desorbitados. Pero sólo fueron unos segundos los que necesitó para reconocer el nuevo mundo que le rodeaba y exigir de inmediato un buen pezón. «Pues bien —pareció haber pensado—, si hemos de perder el paraíso, perdámoslo; pero si lejos de él hemos de vivir, empecemos a alimentarnos cuanto antes».

El recién nacido vino al mundo con sobrepeso, fueron nada menos que casi cuatro kilos los que arrojó en la balanza; pero aquella era una época en la que se hacía de la carencia virtud; la gordura, lo que entonces se llamaban unas buenas mollas, y más si venían acompañadas de los imprescindibles mofletes colorados, era considerada signo de buena salud infantil. El señor Remolín, padre, era un hombre decidido a pesar de su

aspecto enjuto, que fumaba un cigarrillo tras otro atribuyéndoles propiedades adelgazantes; a su vez, la señora Remolín era una sílfide cuando contrajo matrimonio, pero tras expulsar a su primogénito con harto dolor y horas de sufrimiento, decidió que necesitaba ampliar sus reservas y las amplió hasta el punto de doblar la masa corporal de su marido. Era de natural una mujer decidida y dominante; al principio ejercía la dominación por medio de una dulzura melosa y caprichosa, mas a medida que aumentaba de volumen, su sola presencia imponía respeto sin dulzura. Pero no se piense que madre e hijo, un verdadero par de gordos, anulaban la personalidad del padre. Wilfrido Remolín era un hombre acostumbrado a habérselas con la fauna humana más variada que quepa encontrar en el camino de un vendedor a domicilio, que es lo que él era y un verdadero hacha en su especialidad: el doblegamiento de la voluntad de las amas de casa que le abrían la puerta, inconscientes del peligro que traía consigo.

El caso es que, tras la primera toma, el bebé fue enviado directamente a su cuna, situada junto a la cama del matrimonio, del lado de la señora Remolín, para que pudiera mecerlo en su nido sin necesidad de salir del lecho salvo para ejercer sus funciones fisiológicas. A medida que los días se iban sucediendo, el poder de seducción del niño —porque hay que decir que la criatura era realmente seductora—, que crecía al escuchar el murmullo de admiración que siguió a su entrada en el mundo, le animó a echar su primera sonrisa; lo hizo y lo siguió haciendo con tal naturalidad y constancia que los padres y los vecinos le auguraron un largo y fructífero paso por la vida.

Y como si el recién nacido hubiese llegado al mundo con un pan debajo del brazo, apenas la señora Remolín se levantó del lecho y pudo dedicarse a ejercer sus funciones de madre y ama de casa, recibió una propuesta que ella interpretó como un golpe de fortuna porque en aquellos tiempos todo dinero que pudiera entrar en casa lo era.

La comadrona que había atendido el parto le comunicó a la muy dispuesta señora Remolín que conocía a una joven señora de mucho postín, la condesa de Gracia, que había traído también al mundo a su primer vástago y necesitaba un ama de cría para este otro recién nacido y, teniendo en cuenta el rozagante aspecto de desbordada salud y simpatía y la presumible abundancia y excelentes reservas de leche materna de la buena mujer, creyó haber dado con la persona adecuada para cumplir con el encargo de la condesa.

La señora Remolín se presentó en el domicilio de los condes de Gracia, un piso de grandes dimensiones en un edificio elegante del barrio de los Jerónimos cercano a la iglesia del mismo nombre, acompañada por su marido, que acudía a la presentación formal del ama de cría para dejar bien sentado el traspaso temporal de autoridad. La señora Remolín tenía su propia vivienda de alquiler en Madrid y el acuerdo fue que ella se quedaría en casa de los condes durante los meses de cría. El señor Remolín tendría libre acceso a la casa, incluso si necesitara cohabitar con su esposa, en las habitaciones del servicio. La condesa estaba tan dispuesta a plantarse en su decisión que don Ramiro Casabuena, su marido, prefirió no enfrentarse a su esposa; y no se arrepintió de haber accedido al insólito acuerdo porque los Remolín resultaron ser dos personas tan discretas como desparpajadas con sus chocantes relatos de vida que divertían tanto al resto del servicio como a los señores.

Wilfrido Remolín estaba siempre de la Ceca a la Meca por su oficio de viajante y don Ramiro Casabuena era un prestigioso arquitecto de reciente fortuna que había hecho la guerra en el bando nacional, donde la camaradería con el hermano de la condesa culminó en una boda muy satisfactoria. La familia Casabuena pertenecía a la burguesía acomodada del país y este enlace lo emparentaba con la aristocracia. La familia Remolín pertenecía a la clase rural que, después de la Guerra Civil, saltó a la ciudad para instalarse justo en el límite entre la pobreza y la miseria. De no ser por aquella extraordinaria coinciden-

cia propiciada por la comadrona, jamás se hubieran conocido. Don Ramiro era un arquitecto de renombre muy bien relacionado con las altas instancias del poder, dueño de un estudio de arquitectura que recibía sustanciosos contratos de la Administración del Estado gracias a sus excelentes conexiones con los prebostes del Régimen del entorno del Ministerio de la Vivienda. Wilfrido, en cambio, vivía al día vendiendo toda clase de productos susceptibles de ser vendidos, aunque ya estaba en tratos con una empresa farmacéutica con la intención de dar el salto de vendedor a domicilio a comercial farmacéutico, un sueño que acariciaba cada noche antes de dormir. De hecho, no tardó de darse cuenta de que el encuentro con el señor Casabuena podría proporcionarle, gracias a esta afortunada coincidencia de paternidades, alguna posibilidad de acceder a una esfera superior del mundo del trabajo en el que el salario fuera el punto fuerte y periódico de sus ingresos y las comisiones un complemento.

Evidentemente, la distancia entre ambas familias no aconsejaba un trato cercano ni acortar la distancia social que los separaba, pero la euforia de la reciente paternidad de ambos lactantes propiciaría el resquicio que Wilfrido, con el instinto infalible de un arrojado superviviente, supo aprovechar al instante. Fue uno de esos raros casos en que las diferencias de clase, gracias a una coincidencia emocional, quedan bloqueadas por un reducido espacio de tiempo. El aprovechado Wilfrido consiguió así, gracias a la influencia del conde consorte, acceso a un emporio editorial que sería definitivo no sólo para él sino, a la larga, para su mismo hijo.

Por razones semejantes, la señora de Remolín y la señora de Casabuena no tardaron en establecer una fructífera relación que les permitió cubrir los tiempos muertos del trabajo en el domicilio de la familia pues, como la condesa disponía de un nutrido cuerpo de casa y la Remolín estaba allí instalada día y noche, la relación de confianza entre las dos, manteniendo la debida distancia, se fue asentando gracias al roce cotidiano.

La Remolín, al mes de bregar en aquella casa, había tomado el mando de la zona de servicio y, convenientemente aconsejada y enseñada por su señora, aprendió con prontitud a llevar las riendas, organizar el trabajo y estimular la abulia de las criadas. Sólo la cocinera se le resistió, pues llevaba ya muchos años al servicio de la familia de la condesa y como sus conocimientos culinarios eran tan producto de la pobreza como los de su posible rival, la avispada ama de cría no quiso enfrentarse a ella sino, con buena cabeza, aprovechar para tratar de ampliar sus propios y poco refinados conocimientos.

Ambas madres se entretenían hablando de sus bebés, de sus vidas cotidianas, de sus familias... y cada una descubría un mundo a la otra con sus relatos, pues no cabía imaginar dos estatus más dispares. Total, que de unas confianzas fueron pasando a otras y acabaron tan entretenidas como incapaces de darse cuenta de que estaban a punto de inculcar a sus respectivos hijos fijaciones que determinarían sus vidas y su carácter.

Todo se debió al simple hecho de compartir la fuente nutricia. El efecto en ambas criaturas fue fundamental respecto a la formación de sus respectivas personalidades futuras que, por el momento, se encontraban a la par. De hecho, entre ambas criaturas se estableció un fuerte lazo de amistad tan prematuro como duradero sería en el tiempo. Un observador ecuánime habría objetado que era totalmente imposible que sobre tal relación se estableciese una verdadera amistad tal como la concebimos cuando alcanzamos los primeros síntomas de madurez juvenil que es la entrada en la Universidad, época crucial para asentar una verdadera amistad porque la familia o los amigos del colegio son circuitos cerrados, pero en el mundo universitario la amistad es electiva y se va por libre. Sin embargo, las dos criaturas parecían reconocerse y entenderse a la perfección cuando, una vez despertados, los depositaban en el confortable suelo de la habitación del príncipe de la casa.

Todas estas experiencias iniciales quedan fijadas en los infantes sin su consentimiento, pues los bebés se limitan a ab-

sorberlas, se insertan en el lado oculto de su memoria vital y contribuyen a fijar los deseos que, en su día, se manifestarán más adelante y condicionarán para bien o para mal sus comportamientos. No estamos hablando de determinismo sino de preferencias que todo ser humano incorpora a su inconsciente. Lo más delicado de estas incorporaciones es que se llevan a cabo sin filtro alguno, pues el inocente cerebro de los infantes no está preparado para procesar y asimilar lo que les llega de manera espontánea sino que lo incorporan como si fueran esponjas y, por lo tanto, no ejercen control alguno sobre lo recibido ni sus conciencias lo registran; simplemente se instalan en ellos y acaban actuando por cuenta propia; es algo semejante a un chip que les fuera insertado por debajo de su voluntad, cuyas órdenes serán acatadas instintivamente sin ser sometidas a análisis o crítica alguna y a las que responderán siempre de manera automática. En modo oficial se considera que el intento de localizar, neutralizar o aprovechar la posibilidad de convertir estos contenidos recibidos antes de alcanzar la edad de la razón es lo que da lugar al nacimiento de la figura del psiquiatra contemporáneo.

Wilfrido, astutamente, se guardó la tarjeta del arquitecto confiando en que algún día le sería de utilidad. A madame de Casabuena le hacía tanta gracia la visión del mundo de la gorda Remolín que terminó por mostrarle una sincera simpatía, con el afecto adecuado a la evidente diferencia de clase entre ambas.